

Fue para mí durante algunos años
esta ilustre Mansión desconocida.
Fueron sus muros a mi vida extraños,
y su aldaba ignorada en mis venidas
casuales a sus verdes aledaños
en mi vagar sin rumbo y sin medida.
Sin conocer sus amos y su gente
érame su fachada indiferente.

Ciega ignorancia fue. Hoy quiero entrar.
Su mobiliario aún me resulta ajeno.
Penetro balbuciente. Al traspasar
el atrio y encontrándome en su seno
respiro acogedor y familiar
un aire limpio, un aliento ameno.
¡Mis amigos de siempre, mis honrados
amigos buenos, sabios admirados!

Como vosotros he también pasado
mi vida al pensamiento dedicada.
Ahora me toca hablar. He preparado
torpísimo discurso. Acobardada
sale mi voz. Pero me vuelvo osado,
dejo mi timidez arrinconada
al darme cuenta que en mi escasa historia
éste es momento, para mí, de gloria.

Venerable Academia: impenitente
poco te ofrezco porque poco soy.
Te doy mi pesimismo senescente
con infantil y cándida ilusión.
Te ofrezco las arrugas de mi frente
y las arritmias de mi corazón.
Decirte he poco. Ávido te escucho.
Poco te ofrezco; te agradezco mucho.

Maestros de la ciencia y de la duda:
de la Academia la llave me habréis dado
si ahora os parece mi razón sesuda.
Si sabios sois seréis considerados
y de vuestra indulgencia con la ayuda
algo os diré de lo que me he encontrado
en el camino áspero y adverso
de mis paseos por el Universo.

Eduardo Battaner.

